

OJOS DE PÁJARO GRANDE

Tardó un poco en poder asimilar que había sonado la cerradura de la puerta. Seguir la inercia del sueño era lo más deseable, pero logró asimilar que había llegado su hijo después de escuchar el golpeteo del viento en la persiana y el repiqueteo de máquina de escribir de la lluvia. Con los ojos cerrados aún jugó a suponer la hora de la madrugada.

Un poco desvelada ya esperó a que en la cocina el chico abriera el grifo y sonara el chorro de agua sobre el vaso, a que entrara en el servicio y orinara ruidosamente. Pero solo oyó cómo se cerraba la puerta de su habitación al final del pasillo y la idea de la ruta intuida se desvaneció.

Claro que Luis ya es mayor. Hace tan solo un par de años, cuando empezó a salir de noche con los amigos, esperando que regresara no se podía dormir. La podían los nervios. Desde la muerte de su padre, cuando era tan solo un chiquillo, era capaz de imaginar terribles desenlaces. Pero con dieciséis, todos salían y hasta que no llegaba y lo veía de vuelta en casa la noche era un tormento. Ya no es lo mismo. A todo se acostumbra una. Es un joven que se afeita, que cuando se sienta, ocupa medio sofá, que se ríe como lo hacía su padre, con grandes risotadas cuyos ecos reverberan en las paredes llenando la casa con su presencia.

—¡Luis! —le llama y se contradice. Estira un poco las piernas y siente el lado frío de la cama, donde falta su padre hace tanto.

Pero no hay respuesta y el silencio se oye, como un zumbido ciego que aprieta los tímpanos, que no da pistas.

Entonces, ella retira la ropa de la cama. Se levanta, entreabriendo los ojos en la oscuridad. Se pone las zapatillas y la bata azul marino de felpa atando en un nudo medio flojo el cinturoncillo. Enciende la luz, se rasca el costado y aún se le escapa un bostezo, como un reproche que le hace el cuerpo por tener que levantarse, por no fiarse y romper el sueño. Sale de la habitación y avanza por el pasillo. Un frío helador le llega por la espalda, como un aliento gélido. Toca el radiador y está encendido. Llega hasta la puerta de su habitación y repite:

—¡Luis!

Pero no se oye nada. Mira al suelo y por debajo de la puerta hay oscuridad. No ha encendido la luz. Pega el oído y a su mente acude la imagen de la habitación con el póster del equipo de fútbol, la cama con el edredón de cuadros, la ropa tirada con las zapatillas de deporte, una en cada esquina. Sigue sin oír. Entonces agarra el pomo de la puerta para abrir y, de pronto:

—¡No abras! —un clamor imperativo.

Julia se paraliza y suelta la manija. Erguida, cruza los brazos sobre su pecho y aguarda. Duda entre volverse a la cama o esperar y así pasa un rato.

—¿Qué tal te ha ido?

—¿El qué?

—Con tus amigos.

Vuelve el silencio. Más que la respuesta, le interesa saber que todo va bien. Quedarse tranquila. Pasan demasiados segundos.

—No hablemos ahora de eso.

Julia pensó cosas que no dijo. Pensó, ¿pero está todo bien? Pensó, ¿por qué no dices *buenas noches mamá?* o, si quiera, *estoy cansado, mañana hablaremos, que descanses*. Sin embargo, preguntó:

—¿De qué quieres que hablemos?

—De aquel día que fuimos con papá al cine a ver aquella película de gnomos.

Había pasado un millón de años desde ese día. Julia lo recordaba bien. Fueron los tres de la mano por la calle con Luis en el centro. Era pequeño, apenas había empezado el colegio. Entre los dos lo alzaban y combaban en el aire, como si estuviera en un columpio. Luis se moría de risa con esa carcajada tan graciosa. Era increíble que aún lo recordara.

—Yo quise unas palomitas y tú te negaste.

Luis comía muy mal. En la mesa de la cocina, delante del plato, apoyaba la cabeza en una mano y con la otra jugueteaba con el cubierto mientras la comida se le enfriaba. Era desesperante. Con cualquier chuchería que tomara ya luego no quería nada.

—No me acuerdo —Julia mintió.

—Me dijiste que estaba malo de la tripa y que por eso no me las comprabas.

La madre no caía, pero sonaba a posible, desde luego.

—No lo recuerdo, Luis. Pero si tú lo dices sería así.

Pasaron unos segundos, como si ahí se acabara la conversación.

—Papá te miró y te dijo: “cuando mientes, tus ojos se mueven como los de los pájaros grandes”.

Aquella frase ya no estaba en su memoria. No tendría importancia. Una de esas cosas que se dicen tontamente. ¿A qué venía sacar eso ahora? Permaneció atenta para poder interpretar cualquier pequeño movimiento en la habitación, pero no se oía nada.

—Cuando papá se murió hablamos un día, ¿te acuerdas?

¿Cómo no recordarlo? Había ido a recogerlo al colegio. Llevaba esa mochila estampada con pequeños pulpos. Iba de la mano mirando al suelo mientras ella le preguntaba por las cosas de clase. Él respondía con monosílabos. Al entrar en casa, se tiró sobre el sofá y empezó a llorar. Un llorar contagioso que acabó por llegar también a sus ojos mientras le abrazaba. Ambos sabían que era por su padre. Hasta los últimos momentos en que la enfermedad le tenía acosado, sonrió, llenó la casa con sus cosas, con su presencia, con su cariño. Era tan importante para los dos. Entonces el niño se zafó por un momento del abrazo y le preguntó a ella:

—¿Vamos a estar siempre los dos juntos?

—Sí, claro, chiquitín. Mamá siempre estará contigo.

—Entonces, ¿nunca volverás a estar con nadie como con papá?

Es imposible explicarle a un niño que la vida sigue. Que las cosas importantes también quedan atrás y las personas deben continuar. Pero un niño necesita seguridad.

—Nunca. Tú serás mi único chico.

Qué conmovedor aquel abrazo. Su pequeño eludía la tristeza, se aferraba a su amor maternal protegido de la oscuridad. Nunca olvidará aquel lejano instante de complicidad máxima. Por eso se acerca a la puerta y le responde, emocionada por la evocación.

—Claro que me acuerdo de ese día, cariño.

—Me dijiste que yo sería tu único chico.

La madre se quedó un poco desconcertada por el rumbo que tomaba aquella conversación tan a deshora.

—Eso te dije, cariño. No sé por qué sacas eso ahora.

—Porque fue mentira.

Ella se sobresaltó con la afirmación.

—Cuando en julio me fui unos días con los tíos a la playa tú estuviste con otro hombre.

La madre volvió a coger el pomo de la puerta.

—¡No abras! —gritó el chico desde dentro.

—No sé de dónde sacas eso —le respondió soltando la manija.

Siguió un silencio profundo como un abismo.

—Al regresar el domingo por la noche, no estaba el retrato de papá como siempre en la mesilla que hay junto a la cama. Lo habías guardado en un cajón. Yo te pregunté si había entrado alguien en tu habitación.

—¿Por qué dices eso, hijo? —opuso nerviosa.

No se puede vivir con tristeza. Un día fías todas tus promesas de futuro a una persona, pero pasa algo y llega la soledad. Crees que la vida ha terminado. Tus esperanzas se van marchitando, hasta que un día conoces a alguien. El deseo te acompaña siempre, como una segunda piel. El deseo y la ilusión.

—Porque cuando me dijiste que no, tus ojos se movieron como pájaros grandes.

La madre dio un paso atrás. Caminó despacio hacia el salón. A su espalda quedó la habitación de su hijo. Una lágrima resbalaba por su mejilla. Ella tenía derecho y él era mayor ya. Se lo tenía que haber explicado. Las mentiras se pegan al alma como un molusco a una roca.

Suena el teléfono móvil.

—¿Es usted la madre de Luis Fernández? Ha tenido un accidente de moto con otro chico. Debe venir cuanto antes al hospital.

—Pero no puede ser, está en su habitación —y mientras atiende la llamada abre la puerta y la ve vacía; la oscuridad extendida en el cuarto como el humo —. ¿Cómo está?

—Es mejor que venga. No son buenas noticias.

Mientras conduce deprisa por las calles vacías camino del hospital se le representa en su mente la cara del chico, vívida, locuaz, sonriente, como es a menudo. *No será nada, estará bien*, se dice calmándose.

Y de un vistazo rápido al retrovisor ve los rápidos movimientos de sus propios ojos que recuerdan en su oscilar los de los pájaros grandes.